

## La compra de Navidad

(seudónimo: Gafo)

«Lo tengo todo», pensó mientras repasaba la lista que Estefanía le había preparado.

Apoyado contra el carrito, en medio del pasillo del papel higiénico, el menos poblado desde que terminó el confinamiento, parecía un maniquí al que hubieran abandonado en cualquier posición. Le importaba poco, se trataba de un raro espécimen. Un modelo que solo sacaban en fechas navideñas, con intención de vender algún jersey hortera de esos que se habían puesto de moda después del éxito de las películas ñoñas de Disney Channel.

Marcos sonrió ante su propia ocurrencia. No es que sintiera especial predilección por las fechas. Ni siquiera siendo niño había sentido eso que llaman en los anuncios de la lotería «la magia de la Navidad». Tampoco es que odiara esos días. Simplemente le daba igual que fuera 24 de diciembre, tres de abril, u once de noviembre. No era ni supersticioso ni especialmente melancólico. Si había accedido a comprar adornos y a vestir ese estúpido jersey había sido por su mujer. Desde que perdiera a su padre, Estefanía se había mostrado más susceptible de lo habitual, y ciertamente a él le daba exactamente lo mismo vestir de una manera u otra, cenar solos o en familia, con o sin turrónes, cantar villancicos o la canción del Mundial. Lo hacía para que Estefanía se sintiera mejor.

Cuando le plantó frente a los ojos la lista de la compra navideña, Marcos ni siquiera pestañeó. Si hubiera parado un par de segundos a reflexionar sobre lo que tenía delante, habría tratado de rebatir la conveniencia de conseguir precisamente frambuesas para la vinagreta de los mejillones. Tampoco hubiera visto natural que los solomillos del plato principal tuvieran que ser Angus, «o si no, no los compres», había insistido ella. Él no le veía ninguna importancia. En cualquier caso, ella era la que iba a pasar varias tardes antes de la noche en cuestión, encerrada en la cocina para que todo llegara a buen puerto.

La cena de Nochebuena no podía ser perfecta, debía ser inmejorable.

A Marcos tampoco le molestaba que Estefanía se comportara un poco pejuguera con los eventos que organizaba. A pesar de la crisis galopante que asolaba ya no solo el país, si no el mundo entero, afortunadamente, todavía se podían permitir comprar

solomillos de Angus en vez de los de Duroc, que consumían normalmente. «Una vez al año», se podía uno permitir casi cualquier cosa.

Con esa filosofía bajo el brazo, y una sonrisa pintada en los labios llegó Marcos a la plaza 27 del garaje comunitario. Después de, eso sí, y religiosamente, como se suele decir, pagar desproporcionadamente por unos productos, de temporada o no, que apenas podía deletrear. Menos mal que Estefanía era quien se iba a encargar de la cena. Si Marcos hubiera tenido que cocinar con todo lo que llevaba en el maletero, no habría sabido qué hacer con la mitad de los envases, salvo abrirlos.

Descargó el maletero y llenó el ascensor, pulsó el número cuatro, su destino final, el nidito de amor que Estefanía y él habían creado durante los últimos siete años con tanto mimo.

Miraba hacia abajo, distraído, contando mientras las poleas y las correas del elevador funcionaban engrasadas, a su ritmo, que tampoco había prisa. Los congelados todavía no habían perdido la cadena de frío. Uno, dos, tres...seis. Nada menos que seis bolsas de compra a rebosar. Todo para una simple cena. Simple porque solo iba a ser una cena, pero no sencilla, no señor. Estefanía le había repetido varias veces el menú durante los últimos días, mientras confeccionaba con mimo la famosa lista, pidiendo su opinión para modificar sobre la marcha.

Marcos, todavía abstraído, abandonó el ascensor, cargando dos de las seis bolsas. Pensaba en lo contenta que estaría Estefanía al descubrir que cargaba con toda la lista. Había cumplido su cometido y lo había hecho bien. De acuerdo que habían sido seis bolsas llenas y mucho dinero, pero la sonrisa y satisfacción de su mujer no tenía precio. Para lo demás, el extracto de la tarjeta ya le daría un susto el mes que viene.

Dejó las bolsas en el rellano con intención de sacar la llave del bolsillo cuando se dio cuenta de que no había dejado ninguna de las otras cuatro bolsas sujetando la puerta del ascensor. Un sudor frío le recorrió la espalda. Aquella comunidad de vecinos solo tenía un inconveniente; el ascensor trabajando a destajo para mover a todos los habitantes de las nueve plantas.

Giró e intentó estirar el brazo todo lo que pudo en un escorzo digno de los maestros renacentistas, pero no llegó. Como si alguien hubiera estado esperando, agazapado en las sombras para apretar el botón. Vigías expertos eran sus vecinos, ávidos de que la luz del

elevador jamás se apagara. No importaba que vivieran en el primero o en el noveno, lo importante era desplazarse siempre y por cualquier motivo, en el interior del ingenio mecánico.

Marcos emitió un quejido sordo que solo él pudo escuchar. Tendría que dar explicaciones a quien encontrara, en su tránsito, las cuatro bolsas del supermercado con la ensalada de brotes tiernos asomando, juguetona y provocadora.

Se desplazaba hacia arriba. Si al menos hubiera ido hacia abajo, habría resultado algo menos penoso. Encima, tendría que subir y bajar escaleras. Dadas las circunstancias, el factor sorpresa era clave. Mejor no dejar reflexionar al sorprendido vecino lo que estaba sucediendo. Le puede pasar a cualquiera eso de dejarse la compra en el ascensor.

Con determinación, abandonó su rellano, todavía en la penumbra de una tarde de diciembre cualquiera y se encaramó a subir hasta cinco pisos de golpe para recuperar lo que era suyo por derecho propio. Respiró hondo y comenzó su particular *via crucis*. No sabía en qué piso se detendría el elevador. Se trataba de un modelo antiguo, nada sofisticado. Curiosamente, las lucecitas de llamada todavía funcionaban.

Podría haber lanzado un grito desesperado al vecino desconocido, anunciándole lo que iba a descubrir al abrir la puerta. Hubiera sido peor si compartiera vecindad con un asesino en serie. A nadie le apetece bajar al bar y encontrar un cadáver desmembrado en el ascensor, es una guarrada, por no hablar del engorro de llamar a la Policía. Además, tampoco es que conociera a todas las personas con las que cohabitaban en el edificio. Si que tenía, más o menos, a todos fichados de vista pero, daba pereza, la verdad, si te ponías a contar: nueve plantas por cuatro pisos son 36 viviendas. Si a eso multiplicamos el número de personas en cada cubículo, obtenemos una suma considerable de nombres que recordar. Como decía Bruce Willis en una de esas películas navideñas, a Marcos le sobraban los amigos. Solo que él no iba a decírselo a nadie mientras acababa con su vida, claro.

Una puerta cerrándose hizo que se acelerara su pulso y el ritmo de subida de escaleras. No se acababan nunca. Ya estaba en el séptimo y no había rastro de vecinos despistados, ni de su resuello. El rellano, en la misma penumbra que su propia entrada, ni siquiera le devolvió la lucecita indicadora del ascensor en uso. Se acercaba el fin de la carrera. Ya casi lo acariciaba y lo habría podido disfrutar si no fuera porque apenas era capaz de respirar. Se prometió, en un falso propósito de Año Nuevo por adelantado, que

reemprendería la suscripción al gimnasio que había abandonado justo antes del confinamiento.

Por fin, el octavo piso era el elegido. De ahí venía el sonido de la puerta, ahí era donde se había detenido el ascensor. La aséptica luz de su interior iluminaba tenuemente el rellano escogido. Marcos había llegado a la meta sin capacidad para gestionar lo que estaba a punto de ver.

Abrió la puerta con sonrisa triunfal y el interior, forrado de espejos indiscretos y suelo de goma le devolvió una risa caustica, desagradable. Miró a su alrededor sin comprender lo que había, o lo que no había. ¿Cómo era posible? Si hacía menos de un minuto sus cuatro bolsas de la compra estaban ahí mismo, esperando para ser recogidas. Entonces la coz de la comprensión le golpeó en el estómago. ¿Cómo podía haber sido tan tonto? Alguien las había tomado como rehenes de un secuestro navideño.

De acuerdo, solo tenía que llamar al timbre, a los cuatro timbres de aquel rellano, y explicar la confusión. En dos minutos estaría contándole la anécdota a Estefanía y se reirían los dos, sentados en la cocina tomándose una Ambar, que falta le hacía a él en ese momento.

Diez minutos más tarde y cuatro timbres quemados de pura insistencia, Marcos desistió. Se sentía al mismo tiempo enfadado y estúpido, como el testigo de Jehová a quien le dan con la puerta en las narices por decimoquinta vez en una misma tarde.

Bajó pesadamente las escaleras, prometiéndose a sí mismo que la cosa no acabaría ahí. La venganza es un plato que se sirve frío, había leído en alguna parte, y el diciembre estaba siendo especialmente crudo.

Al llegar a su rellano, una nueva coz de realidad. Ésta le dolió todavía más que la anterior. Tuvo que cerciorarse de que había llegado a su piso. En efecto, el vetusto cuatro lo observaba desde el último escalón de acceso hacia el quinto, con una sonrisa maléfica que indicaba que lo había visto todo y no pensaba abrir la boca. Lo que sucede en el rellano, se queda en el rellano.

Las dos bolsas restantes no estaban donde él las había dejado.

Quien se hubiera llevado su compra de Navidad no había dejado ni las tostaditas para el salmón ahumado y el sucedáneo de caviar. Marcos maldijo en silencio, no fuera que le escuchara Estefanía desde dentro y además, le montara una bronca por molestar a

los vecinos. Se acordó de sus vecinos, de sus familias, de la lista de la compra y de todas las celebraciones desde la Navidad hasta el *Hannuka*.

Se sentó en ese último escalón, o primero, según como se mire, según si uno iba hacia arriba o hacia abajo. Daba lo mismo, el escalón iba a ser ese. Se sentó y trató de descansar. Marcos ya no daba mucho más de sí. Necesitaba volver a oxigenar el cerebro. Debía organizarse y estructurar una venganza acorde con la afrenta que acababa de sufrir. No podía dejar las cosas así. No toleraría que lo consideraran el eslabón más débil de la comunidad de vecinos. Clamaba venganza a gritos, aunque solo lo podía escuchar él. Se acordarían de quién era él, Marcos Vera Sánchez, el del cuarto B, y lo haría con una furia desmedida.

Se levantó con energías renovadas, con ganas de solucionar sus conflictos vecinales de una forma brutal, como Bruce Willis en *Jungla de Cristal*. Habría sangre si era necesario...

—¿Qué haces ahí? ¿No has ido a comprar?

Estefanía lo miraba desde el umbral de la puerta. Iba vestida para salir, con el bolso colgado y el abrigo beis que le sentaba tan bien. Traía una mirada de sorpresa y de suspicacia que Marcos conocía muy bien.

—No, es que he pensado, a mitad camino, que me apetecía hacer la compra contigo y he vuelto con las manos vacías.

El ansia de venganza se diluyó en la sección de zumos naturales, y la sed de sangre se sació en la carnicería, mientras escogían la pieza de solomillo más adecuada. Al menos, Marcos tuvo la precaución de no acudir al mismo supermercado.

Horas después, Marcos había olvidado que aquella compra de Navidad había salido por el doble de precio, pero no le importaba. Era una vez año, bueno, ese año, dos.